

Sección Bibliográfica

JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *El mundo social de «La Celestina»*. Editorial Gredos. Madrid, 1964.

El profesor Maravall, siguiendo una vía que ya había abierto con sus libros *El humanismo de las armas en Don Quijote y Velázquez y el espíritu de la modernidad*, nos ofrece ahora esta sugestiva interpretación sobre *El mundo social de «La Celestina»*. Que las obras literarias sean un óptimo instrumento de conocimiento de la realidad socio-cultural en que se producen es algo a estas alturas comúnmente admitido y que no cabe reducir, claro está, a aquellas que se han propuesto como fin consciente y primordial el ofrecernos una imagen de la sociedad de su tiempo; es decir, a la llamada por excelencia «novela realista» (en el más estricto e histórico significado del término). Historiadores de las más diversas procedencias y especialidades se han volcado sobre los textos literarios como medio de rastrear los caracteres de la época y de la realidad sociológica en la que aquéllos nacieron y que reflejaron, y esto desde la épica y las tragedias griegas hasta la novela contemporánea. Recordemos, como un ejemplo que se podría citar entre varios, que la *Orestíada*, de Esquilo, sirvió a Engels, siguiendo a Bachofen, para datar la transición del derecho materno al paterno, y a Jaeger para señalar el tránsito de la venganza de la sangre a una justicia organizada bajo la tutela de la Polis.

Por esto se justifica plenamente este intento, más en este caso concreto, a causa de que, como declara el autor en las líneas que abren su libro: «No es fácil hallar en el marco de la historia cultural obras que con tanto relieve literario como *La Celestina* nos ofrezcan un cuadro tan ajustado y tan vivo de la sociedad en que se producen», para añadir inmediatamente: «Por eso creemos que las líneas de una interpretación sociológica de *La Celestina* o, por lo menos, de algunos de sus aspectos cardinales, se han de corresponder con las que nos dibujan la imagen de la sociedad española a fines del siglo xv, cuyos trazos, por otra parte, coinciden en gran medida con los de la evolución general europea de la época. El siglo xv es, en nuestra historia, una de las fases de más interesante sentido europeo...» (p. 7).

No es ociosamente que hemos prolongado la cita, pues en sus últimas palabras está, a nuestro juicio, la clave de una de las directrices básicas que mueven toda la fecunda labor investigadora que, primordialmente desde la perspectiva de la historia del pensamiento, viene realizando el señor Maravall sobre el pasado histórico español, especialmente sobre los siglos que contemplan el orto de lo que se viene llamando la «Modernidad» y en la que se inscribe este trabajo. Frente a tantas interpretaciones de nuestro pasado que ponen el énfasis en la peculiaridad de lo hispánico y hacen de la historia de España una singularidad de espaldas a la línea de despliegue de la europea, viene subrayando Maravall la estrecha vinculación de la primera a la segunda, sin dejar de reconocer, claro está, las especialidades de nuestra historia; pero éstas, y esto es importante, se dan en el marco de una perspectiva europea. Y no se trata de una afirmación gratuita meramente polémica, sino que todo su gran saber historiográfico nos aporta continuas pruebas del aserto. Quizá algunos piensen que exagera, que las pruebas alegadas son parciales, que se desorbita su importancia; pero después de todo lo que se lleva diciendo desde la otra postura, en que hasta los testimonios más claros se retuercen para reducirlos a la expresión de la peculiaridad hispánica de vida, no estimamos inútil la inexistencia, más cuando, repetimos, la historia nos proporciona sobrados testimonios en apoyo de su tesis. Repetimos, igualmente, que tampoco el señor Maravall quiere ignorar las especialidades de nuestro desarrollo histórico: se encontrarán algunos pasajes que lo muestran en el libro que recensionamos. Pero se niega, y creemos con toda razón, a elevarlas a categoría permanente y singular de la historia de España, derivadas, además, de un único factor genético, también peculiar español.

Antes de entrar en el cuerpo central de su investigación trata de dilucidar Maravall cuál es el propósito que persiguió Rojas al escribir su *Tragicomedia*, cuál es el carácter de la obra, cuya respuestas contribuirá a ponernos de manifiesto todo su valor como testimonio de su tiempo. En su opinión, y de acuerdo con lo que ha venido sosteniendo el gran hispanista francés Bataillon, aquélla persigue un fin moralizante; se trata, según su propia calificación, de una «Moralidad» (capítulo I) sobre el viejo modelo de los «exempla» medievales. Situado Rojas en una sociedad conmovida por una profunda crisis, ligada a una serie de transformaciones socio-culturales como hoy tenemos ocasión de apreciar, persigue hacer una obra de carácter adoctrinante. Pero con esto no está dicho todo, ni menos lo principal, pues uno de los grandes aciertos de *La Celestina* reside precisamente, como subraya Maravall (en el cap. I y en las páginas finales del VIII), en la per-

fecta adaptación de Rojas a lo que demandaba la nueva sensibilidad de sus lectores, al mismo estado de sus creencias. En una sociedad en que aflora un potente sentimiento individualista de lo personal, por un lado, y, por otro, profundamente mundanizada, con un afán por el placer y la vida, y si no con pérdida, sí con mitigación del sentido de lo trascendente, no se podía hacer obra eficaz, y así lo comprende Rojas, sino adaptándose a ella. En palabras de Maravall: «Por eso Rojas inventa un complejo y bien montado ejemplo (esto es lo antiguo), lleno del más rico contenido individualizado» (lo nuevo). Y explayando esta idea añade: «Rojas sabe, porque se diría que ha tomado el pulso a las gentes de su época, que el anodino y pesado recuerdo de tales anécdotas (los viejos «exempla» medievales), conservadas por una anacrónica literatura edificante, no impresiona a nadie... La ocurrencia de Rojas entonces consiste en mostrarles los males que por tan desatentada conducta caen, efectivamente, no sobre unos olvidados sabios y héroes antiguos, cuya fría ejemplaridad a nadie ya dice nada, sino sobre personas de rostro y carácter conocidos, que andan entre las gentes. Su arte radicó en conseguir que para sus contemporáneos, Calixto, Celestina, Melibea, fueran vistos como personas que cada uno creía haber encontrado y tratado en la vida real» (pp. 152-53). Igual «modernidad» se advierte en el tratamiento del desenlace, es decir, del «castigo», y de su forma, la muerte, en un desarrollo que aquí no detallaremos, pues se trata únicamente de señalar las líneas maestras para guía del lector.

Precisamente en relación con este último punto y otros varios se hace cuestión el autor, en varios pasajes del libro, si hay que vincular básicamente determinados aspectos de *La Celestina* con la personalidad de judío converso de Rojas. El se niega a ver, por ejemplo, en los pasajes y frases que revelan relajación del sentimiento moral y religioso y del orden social, la expresión de las particulares convicciones de Rojas, «del tópico, aunque siempre inexplicado, agnosticismo de un converso» (p. 148). Recordemos, al propósito, la frase de Bataillon, que cita Maravall: «On se fait d'étranges idées sur les cristianos nuevos». Para ello presenta una serie de razones de orden histórico-lógico que a nosotros nos parecen del todo convincentes.

Entonces, ¿qué nos ofrece básicamente *La Celestina*? «A través de un problema elegido con gran acierto, *La Celestina* nos presenta el drama de la crisis y transmutación de los valores sociales y morales que se desarrolla en la fase de crecimiento de la economía, de la cultura y de la vida entera, en la sociedad del siglo xv» (p. 18), crisis que desde las más altas esferas se extiende a todos los miembros del cuerpo social—por lo menos en los núcleos urbanos más evolucionados,

pues es en dicho marco en el que se sitúa la acción— y que es resentida como desorden desde la perspectiva de una mentalidad tradicional —de la que en gran medida participa Rojas: de ahí el propósito de su obra—, aunque se encargue de decir Maravall que hoy desde la nuestra podemos valorar positivamente lo que ella supuso como liberación del individuo del rígido cuadro medieval. Desorden que no podrá menos de desembocar en un desenlace trágico.

Esta crisis, contemplada desde esa mentalidad tradicional como desorden, se manifiesta en varios pasajes de la *Tragicomedia*. Hay una respuesta de Celestina a Pármeno que la revela claramente y sobre la que nosotros nos queremos detener un momento, aunque sea al margen del libro que recensionamos, pues, contra el sentido claro que tiene en el texto de Rojas, se ha pretendido presentarla como una muestra de la tópica desvalorización de la razón entre los españoles. Es cuando le dice la primera al segundo: «¿Qué es razón, loco?» (p. 108 del t. I, según la edición de Clásicos Castellanos). No es que Celestina diga que la razón, en cuanto potencia calculadora, no tiene ningún valor—precisamente su conducta muestra todo lo contrario—, sino que razón significa aquí claramente, como se ve por las palabras de ambos personajes, regla de conducta segura. El señor Maravall aclara debidamente este significado, que no es sino una muestra de la crisis de la época.

Pero ¿cuál es el marco de esa crisis que viven los personajes de *La Celestina* y cuáles son sus causas, es decir, y con esto entramos en el sujeto central de la investigación, cuál es el mundo social de *La Celestina*? Comienza el señor Maravall con una caracterización sociológica de Calixto y Pleberio, lo que es decir del estrato social superior de ese mundo que con trazos tan vivos nos da Rojas. Tomando como punto de partida el conocido esquema interpretativo de Veblen en su *Teoría de la clase ociosa*, y mediante un fino análisis que aquí no podemos detallar, caracteriza a Calixto como un joven miembro de la nueva «clase ociosa», o sea la de los burgueses enriquecidos. A ese grupo pertenece también Pleberio, el padre de Melibea. Como nos dice el autor resumiendo la investigación llevada a cabo en el capítulo II: «Haría, pues, que referir *La Celestina*, según nuestro modo de ver, a la fase de los múltiples desplazamientos de la riqueza que se dan en el siglo xv y que traen consigo la constitución de una nueva clase ociosa de base burguesa, rápidamente ennoblecida y revestida de formas aristocráticas» (p. 50); pero que, como ha puesto anteriormente de manifiesto, añade ahora y desarrollará en otros lugares del libro, aporta una nueva mentalidad, distintas valoraciones, que introducen una profunda modificación en las relaciones sociales y en la forma de ver las

cosas. Esa imagen que nos da *La Celestina* se corresponde efectivamente con una etapa de desarrollo económico en la Castilla del siglo xv. Que en las ciudades castellanas no tuviera el relieve que adquirió en las italianas, flamencas, o hanseáticas «el tipo de ciudadano patricio, enriquecido con el ejercicio de actividades industriales o mercantiles» (Carande), no quiere decir que no «hay que contar con la existencia de un no desdeñable número de fortunas de condición burguesa» (Maravall, de acuerdo con lo sostenido por Lapeyre).

Ligado a las transformaciones sociales de la época, aparece un nuevo sentimiento de la riqueza. Una fuerte apetencia de ésta, considerada como fuente de honor, bienestar y aun de la misma virtud, en un claro trastrocamiento del orden de medios y fines, conmueve el mundo celestinesco, en que si toda consideración moral no se pierde pasa a un segundo plano, lo que constituye un aspecto de la crisis de la época. Y de acuerdo con la nueva economía dineraria, el provecho, el lucro se contabilizan en dinero; éste se hace tan familiar, que, como agudamente señala Maravall, «sus propiedades, sirven, metafóricamente, de término de comparación».

También cambia el complejo de las relaciones entre amos y criados, con ruptura de las vinculaciones personales en favor de una estricta relación de servicio materializada en un salario, lo que lleva consigo, entre otras consecuencias, que «al quedar al desnudo, en su puro contenido económico, esa relación, perdiendo el complejo tradicional de deberes y obligaciones recíprocos que llevaba consigo, queda al descubierto también entre amo y criado la inferioridad de clase del segundo, irritante para él, porque apetece, lo mismo que su amo, la riqueza, y no encuentra motivos—aquellos motivos guerreros de la antigua sociedad—para que éste la monopolice» (p. 75). De aquí las muestras de resentimiento y protesta que con tanta frecuencia afloran en las páginas de *La Celestina*, y que el autor estudia en los capítulos IV y V, poniéndolas en relación con lo que nos ofrecen otros documentos, literarios y de la vida real, de la época y en contraste con la situación social y espiritual mucho menos libre de la sociedad anterior y posterior, debida en este último caso a la revigoriación del régimen señorial en la segunda mitad del siglo xvi, que ha estudiado principalmente Braudel. Observemos de pasada que si se prestase más atención a la historia económico-social se podrían explicar mejor ciertos fenómenos de nuestros siglos xvi y xvii, aunque tales explicaciones hayan sido calificadas recientemente por algún autor de «abstractamente sociológicas» (?).

A estas alturas de su análisis puede afirmar el señor Maravall que «una última raíz tiene el modo de comportarse los personajes que

pululan en el mundo social reflejado por Rojas: individualismo» (página 103) y más adelante: «Ajenos a toda conexión familiar, estamental, colectiva, que pretenda valer por encima de su interés personal..., los personajes de Rojas justifican en su propia e individual personalidad la razón de su obrar» (p. 106). A ese individualismo van ligados los sentimientos de igualdad y libertad, en un sentido bien moderno, que con tanta fuerza se manifiestan y que han alcanzado a los últimos estratos de la sociedad: precisamente en la ramera Areusa hallan su más claro vocero.

En el capítulo VII aborda el señor Maravall un tema sobremedida interesante, que enuncia de la siguiente forma: «Esa acción práctica y eficaz que los personajes de *La Celestina* pretenden desenvolver en sus relaciones con los demás hombres y con las cosas, para ser llevada con una mínima confianza en la misma, con suficiente grado de seguridad en sus resultados por parte del agente, necesita contar con una básica estructura encadenada de la sociedad y del mundo. Por lo menos, necesita creer en ella. Sólo así se puede descontar que ciertas causas produzcan determinados efectos, supuesto necesario de toda acción pragmática tecnicada» (p. 115). Entrada en crisis, ya en el otoño medieval, la concepción racionista de cuño aristotélico y cristianizada por Santo Tomás, los hombres de la modernidad buscan un nuevo sistema de conexión de los hechos. En un primer momento se recurrirá a la idea de Fortuna, entendida como fuerza caprichosa y ciega, para explicar su aparente anarquía. El principal ejemplo lo tenemos en el parlamento final de Pleberio. Sin embargo, poco a poco se va introduciendo, dentro de los mismos moldes de la idea de Fortuna, una concepción de tipo mecanicista, que piensa en una cierta estructura ordenada del acontecer y que permite insertar la acción humana en él para lograr determinados efectos. «Ciertamente—dice el señor Maravall—sería impropio considerar que esas relaciones que ponen en conexión unos hechos con otros y garantizan la creencia en un curso ordenado de las mismas, eran para Rojas, o para cualquier escritor de fines del siglo xv relaciones de tipo legal, formulables matemáticamente. Antes de llegar a tal solución que no se encontrará hasta aproximadamente la época de Galileo, la mente renacentista pasa por una fase previa en la que, lejos de pensar en relaciones numéricas, cree más bien que la naturaleza es como una región de fuerzas ocultas, de cualidades secretas» (p. 126), pero que, sin embargo, es posible dominar en cierta medida. De ahí el papel de la magia, que es cosa bien distinta de la brujería. Aquella es un saber experimental, tecnicado, mundano, y ésta es precisamente el arte hechicero de Celestina.

Mundanización y secularización son caracteres bien patentes del mundo de *La Celestina* y raíz del «dérèglement des critères moraux» que, según Bataillon, pinta Rojas. Todos sus personajes están movidos por una superlativa estimación de la vida, bien supremo: «el vivir es dulce» que dice Celestina a Melibea, frase que «coincide casi textualmente—dice Maravall—con otra de León Battista Alberti, en la que Chabod quería ver la expresión del nuevo espíritu del Renacimiento: "Questa dolcezza del vivere» (p. 133); por un afán de placer, que rompe con las trabas morales. De ese desajuste es la principal muestra el amor de Calixto y Melibea, que Maravall caracteriza dentro de un fino estudio de la evolución de la doctrina del amor. Desajuste que no puede tener otra salida que la muerte y con ello volvemos al propósito que persiguió Rojas al escribir su obra. Y ya dijimos al principio, por lo que no volveremos sobre ello, cómo en el tratamiento de la muerte, Rojas se adaptaba perfectamente a la sensibilidad de la época.

Y concluye Mavarall: «Tenemos en *La Celestina*, como creemos haber puesto en claro a través de nuestro análisis, el modo de comportarse y, por detrás de ello, el modo de ser, histórica y socialmente condicionado, de los señores y de los criados, de los distinguidos y de los no distinguidos, de la clase ociosa dominante y de la subordinada, esto es, de la sociedad urbana en sus aspectos más característico, correspondientes a la fase de evolución que el autor de tan ilustre tragicomedia pudo conocer en las ciudades castellanas a fines del siglo xv. En un momento de arranque, *La Celestina* nos dibuja, en la cultura española, la imagen de una sociedad secularizada, pragmática, cuyos individuos, moralmente distanciados unos de otros, actúan egoísticamente. Ese distanciamiento, originado de las posibilidades técnicas de la economía dineraria, en las circunstancias de la nueva época significaría libertad. Pero desde bases tradicionales pudo apreciarse quizá nada más que como un desorden radical de la existencia humana» (p. 164).

Añadamos nosotros, que la consideramos dentro de los límites de un trabajo de tal índole, una muy meritoria aportación, a través del análisis de un texto literario, a la importante labor que para el esclarecimiento de nuestro pasado viene realizando el autor. Algunos, quizá discutirán la interpretación—toda auténtica historia es una interpretación, no puramente subjetiva, claro está, sino basada en unos materiales, como lo es ésta. Sin embargo, no podemos por menos de observar respecto al trabajo que aquí recensionamos, que, como es norma habitual en él, el señor Maravall pone en continua relación lo que nos ofrece *La Celestina* con otros testimonios coetáneos españo-

les y extranjeros, que iluminan y refuerzan sus conclusiones. Esto último es importante: obsesionados por la peculiaridad hispánica que poco se han preocupado sus definidores de ir a investigar lo que sucedía y lo que nos ofrecía el mundo europeo coetáneo; o lo que es peor, se han limitado muchas veces a contraponer otra imagen tópica a la nuestra, especialmente esa de la Francia cartesiana, como si el racionalismo cartesiano fuese un rasgo permanente y universal de la vida francesa. De este reproche está absolutamente exento el señor Maravall, que tiene muy presentes los resultados de la investigación europea sobre la historia socio-económica, cultural y política de nuestro común continente. Una observación más querríamos hacer, que viene muy a cuento para valorar debidamente las conclusiones de *El mundo social de La Celestina*: al examinar nuestro pasado histórico, no se ha distinguido suficientemente entre los diversos momentos; esto es especialmente aplicable a nuestros siglos XVI y XVII: no son iguales las circunstancias de la mitad del primero, es decir, de lo que propiamente es la época renacentista, que las del mundo del barroco, y tanto en el plano socio-económico como en el cultural y espiritual.

Otros se escandalizarán de los condicionamientos socio-culturales a que se someten tanto la obra de Rojas en cuanto creación personal suya cuanto el mundo que ella retrata. Pero en nada menoscaba esto la originalidad de *La Celestina*, que no se cansa de subrayar Maravall, así como su valor literario. El mérito de Rojas consiste en su poder de captación de lo real, en habernos ofrecido un retablo tan vivo del mundo de su tiempo, en la riqueza de los personajes, en la perfecta articulación de la acción dramática, etc.—JUAN J. TRÍAS VEJARANO.

OSCAR LEWIS: *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1965 (XXXIV), 531 pp.

Ocurre con frecuencia que un libro mediocre alcanza un enorme éxito de difusión, no precisamente por sus valores literarios, sino por el escándalo que lo envuelve en un fascinante celofán y lo dispara a la voraz curiosidad de un gran sector de lectores. Este escándalo, no raras veces está concienzudamente preparado para servir de pedestal o trampolín. Para los más avisados se trata una vez más del horaciano *parturiunt montes*, o de nuestro popular refrán del ruido y las nueces, mientras las editoriales y el autor se lucran opípara e injustamente.